

Casi un cuarto de siglo de poesía gallega

Luciano Rodríguez

Este último cuarto de siglo representa, para la literatura gallega, uno de los momentos más brillantes de su historia contemporánea. Se desarrolla una actividad creativa y de investigación lingüística y literaria casi impensable después de la brutal regresión y represión que supuso el corte de la guerra civil de 1936. La recuperación cultural que se inicia con los exiliados americanos muy a comienzo de los años cuarenta va a tener una repercusión en la Galicia interior y va a propiciar una tímida vuelta a la expresión y reivindicación de la cultura gallega que se irá canalizando y arraigando a través de una serie de empresas editoriales: *Editorial Galaxia*, *Ediciones Monterrey*, *Bibliófilos Gallegos...*, que desde los años cincuenta hicieron posible el sueño de una nueva realidad cultural.

La poesía, con un cultivo generoso en el ámbito de la literatura gallega de todos los tiempos, también en este período tiene abundante presencia que se manifiesta a lo largo de las décadas del cincuenta, sesenta y setenta. Pero será en este último cuarto de siglo cuando se inicie una etapa francamente fecunda y de grandes aportaciones líricas.

1

La autonomía política que se instaura muy a comienzos de la década de los ochenta –aunque hay ya síntomas de cambio muy notorios en los años anteriores, a partir de la muerte del general Franco– va a suponer un replanteamiento de la concepción social, política y cultural. Las consecuencias institucionales y sociales modifican sustancialmente los vectores culturales de Galicia, haciendo que la literatura gallega salga de los reducidos círculos en los que se hallaba confinada en buena medida desde la restauración cultural de postguerra, es decir, desde comienzos de la década de los cincuenta que es cuando se produce un movimiento editorial de restauración del espacio literario gallego.

Este período fecundo de la historia cultural gallega, que coincide con los últimos años de vida de los viejos maestros nacidos en la primera

década del siglo XX –Celso Emilio Ferreiro (1912-1979), Eduardo Blanco-Amor (1898-1979), Rafael Dieste (1899-1981)– y con la obra de madurez de los poetas jóvenes que habían participado en la recuperación cultural de los años cincuenta y sesenta –Bernardino Graña (1932), Xosé Luís Méndez Ferrín (1938), Manuel María (1929), Antón Avilés de Taramancos (1935-1992), Xohana Torres (1931), Xosé Luís Franco Grande (1935)– va a coincidir también con la incorporación de una serie de autores de la década de los ochenta y noventa que contribuyen a dibujar un mapa literario múltiple, vigoroso y abigarrado, que conectan con las grandes tendencias literarias del momento y que se manifiestan abiertamente a favor del diálogo y los contactos culturales, sean éstos con las literaturas más próximas –portuguesa, castellana o catalana– o de otros ámbitos, con preferencia muy acusada hacia las literaturas de expresión inglesa.

Así, pues, nos encontramos con que confluyen en este cuarto de siglo finisecular voces correspondientes a la generación de 1936 – Celso Emilio Ferreiro, Pura Vázquez (1918) o Álvaro Cunqueiro (1911-1981)–, a la generación de enlace¹, autores nacidos a comienzo de la década de los 20 – Antón Tovar (1921), Luz Pozo Garza (1922) o Manuel Cuña Novás (1926-1992)–, autores de los 50 –Bernardino Graña, Salvador García-Bodaño (1935), Méndez Ferrín o Avilés de Taramancos–, con poetas de la generación de los 80 –Xavier R. Baixeras (1945), Xosé María Álvarez Caccamo (1950), Xulio L. Valcárcel (1953), Pilar Pallarés (1957), Ramiro Fonte (1957) o Eusebio Lorenzo Balerón (1962-1986)– o con los jóvenes y ruidosos poetas de los 90 o finiseculares como se les empieza a denominar.²

En lo que sigue trataremos de hacer una aproximación al discurrir de la poesía gallega de este último cuarto de siglo teniendo en cuenta estos parámetros que delimitan y establecen un principio de organización cronológica de los autores que consideramos más representativos.

Comenzaremos, pues, por los poetas de la generación del treinta y seis, seguiremos con la promoción de enlace, los del medio siglo, los poetas de los ochenta y, por último, haremos una apreciación sobre los autores que entran en escena con la década de los noventa.

¹ Méndez Ferrín, X.L.: De Pondal a Novoneyra, *Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1984*, pp. 213-219.

² Rodríguez, Luciano & Seara, Teresa (Edit.): Para saír do século. Nueva proposta poética, *Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1997*.

2

Los poetas de la generación del treinta y seis comenzaron su obra en los años de la Segunda República, pero el grueso de su producción la desenvuelven en la época de postguerra y algunos de ellos la continuaron en el período de referencia de este trabajo. Nos referiremos aquí a cinco autores: Celso Emilio Ferreiro, Pura Vázquez, Miguel González Garcés (1916-1989), Ricardo Carballo Calero (1910-1990) y Álvaro Cunqueiro.

El último libro publicado por Celso Emilio Ferreiro, *Onde o mundo se chama Celanova* (1975), aparece en un momento en el que la poesía gallega entraba en una época de renovación y cambio de rumbo; se va a producir un giro que nos lleva de una poesía predominantemente social (que el propio Ferreiro había cultivado con gran acierto en su obra central, *Longa noite de pedra*, 1962) a otra de corte más personal e intimista. Y esto es algo que se produce de forma ostensible y vistosa en este nuevo libro de Celso Emilio Ferreiro: poesía de corte intimista, amoroso y elegíaco, facetas temáticas que no eran ajenas a la obra anterior del poeta, pero que habían quedado un poco relegadas, dado el eco social de su libro del año 1962.

La orensana Pura Vázquez ha sido siempre fiel a un tipo de poesía intimista, amorosa y elegíaca que cultiva desde sus comienzos –*Íntimas* (1952), *A saudade e outros poemas* (1963), *O desacougo* (1971)– y que desenvuelve con mayor intensidad en sus últimas publicaciones, torrenciales y generosas, heridas por la nostalgia del tiempo que huye: *Man que escribiu no mar* (1993), *Ardente identidade* (1993), *Se digo Ourense* (1994), *A carón de min* (1994), *Orballa en tempo lento* (1995) y *Desmemoriado río* (1997).

La poesía del coruñés Miguel González Garcés es otro ejemplo de continuidad y fidelidad a un discurso poético perfectamente definido en *Bailadela dos anxos* (1961) y *Nas faíscas do soño* (1972): brevedad del poema, lenguaje depurado, plasticidad imaginística y gran sensualidad. Todos estos aspectos van a seguir muy presentes en sus cuatro últimas publicaciones: *Paso soa de luz* (1975), *Claridade en que a tentas me persigo* (1977), *Sede e Luz* (1986) y *Un nome só na néboa* (1989), poemario éste dedicado a desarrollar motivos pictóricos de cuadros que le han apasionado y conmovido.

De la polifacética obra del ferrolano Ricardo Carballo Calero –novelista, autor teatral, crítico literario, historiador de la literatura– se ha silenciado injustamente su aportación a la poesía, quizá por lo tardío de su publicación. Ciertamente había publicado poesía en la inmediata preguerra –*Vieiros* (1931) y *O silencio axeonllado* (1934)– y en el período de la restauración